

## Subdesarrollo y revolución \*

Ruy Mauro Marini

\* Fuente: Ruy Mauro Marini, Subdesarrollo y revolución, capítulo 1, Siglo XXI Editores, México, (quinta edición) 1974, pp. 1-25.

### PREFACIO

Los cambios introducidos en la presente edición —además de correcciones de forma y actualización de datos— consisten en la inclusión de dos ensayos sobre el actual problema brasileño. Antes que modificaciones al contenido del libro, amplían y refuerzan mi análisis y conclusiones sobre el proceso puesto en marcha en Brasil en 1964, así como mi evaluación de sus implicaciones para América Latina. Ha sido sobre esa base como he podido intentar después una explicación teórica global de la dependencia latinoamericana [1].

No había, en efecto, razones para proceder de otra manera. La evolución de la ciencia social latinoamericana en los años recientes —pese a reincidencias frecuentes en antiguos errores— ha aportado elementos bastantes para invalidar una de las tesis que me esforcé aquí por combatir: la de que el régimen militar brasileño era un simple efecto de la acción de ese *deus ex machina* que representa para algunos el imperialismo norteamericano. No es en interés del imperialismo que hay que rechazar ese tipo de razonamiento, sino en el de las posibilidades de las masas explotadas en América Latina de abrirse camino hacia su liberación. Las consecuencias del conocido símbolo gráfico, que nos muestra al malvado Tío Sam manipulando sus marionetas, no pueden ser para el análisis político y la estrategia de lucha que de él debe derivarse sino denuncia lacrimosa e impotencia indignada. Para luchar contra el imperialismo, es indispensable entender que no es un factor externo a la sociedad nacional latinoamericana, sino más bien el terreno donde ésta finca sus raíces y un elemento que la permea en todos sus aspectos.

Respecto a las repercusiones del golpe militar de 1964 sobre la sociedad brasileña, muchas afirmaciones contenidas en este libro resultaron igualmente polémicas. Sin embargo, los que pretendían ver en el golpe militar un accidente sin mayores consecuencias para la misma, similar en cierta medida a otros que se habían producido allí anteriormente, han debido finalmente darse cuenta de su error. La amplitud y profundidad de los cambios que el régimen militar entonces implantado introdujo en la vida económica, social y política del país han orillado incluso a algunos estudiosos a posiciones que bordean ya la apologética —como cuando pretenden, por ejemplo, identificar ese régimen con la revolución burguesa brasileña [2]. A éstos, habría que recordarles que la revolución burguesa no se hace a costa de capas de la misma burguesía, como ha pasado en Brasil en 1964 y luego en 1968, sino contra las fuerzas que traban el desarrollo

del capitalismo. Antes que una revolución burguesa, el proceso brasileño representa la derrota de las capas medias burguesas y pequeñoburguesas —y, desde luego, de las masas trabajadoras— ante el gran capital nacional y extranjero; éste no ha vacilado incluso, sobre todo en la primera fase del proceso, en aliarse a los sectores más reaccionarios del país, para imponerle su hegemonía. Y no podría ser de otra forma: la revolución burguesa corresponde a una etapa definida del capitalismo, marcada por el ascenso de una burguesía que se incluía todavía en una amplia medida en el movimiento popular; en la era del imperialismo, que vivimos hoy, todo movimiento auténticamente burgués no puede ser sino antipopular y, como tal, contrarrevolucionario.

Otras interpretaciones equivocadas del proceso brasileño suponían que el régimen militar acarrearía el estancamiento y aun el retroceso del desarrollo capitalista en el país; no faltaron, en esa línea, quienes acuñaran expresiones tan sofisticadas como erróneas como la de la "pastorización", que aludía a un regreso de la economía brasileña a la fase de producción y exportación de bienes primarios, con el consecuente bloqueo de la industrialización. Tesis como éstas se derrumbaron por sí mismas, ante el empuje del crecimiento industrial en Brasil, apoyado —antes que frenado— por el desarrollo de la producción de alimentos y materias primas para la exportación.

Pero esa expansión económica ha tenido otro efecto, tan nefasto como el anterior. Además de los ideólogos oficiales del sistema, algunos de sus críticos se han dejado impresionar demasiado por las cifras arrojadas por el llamado "milagro brasileño". Aunque denuncien lo que consideran como aspectos negativos del sistema, lo hacen desde una perspectiva liberal y pequeñoburguesa, que no permite captar las raíces mismas del "milagro". Así es como prefieren insistir en la mala distribución del ingreso (¡como si el capitalismo, y particularmente el capitalismo dependiente, pudiera proporcionar una buena distribución del ingreso!) antes que en la superexplotación del trabajo. Otros sostienen que no sólo a la compresión salarial, sino también a la productividad del trabajo, se debe la expansión económica, desconociendo que es la combinación de ambas la que motiva las elevadas cuotas de plusvalía vigentes en Brasil, sobre las cuales se sustenta la acumulación del capital interno y externo. Algunos llegan hasta a descartar el salario mínimo como instrumento de medición de la tasa de explotación, prefiriendo utilizar el salario medio, donde se mezclan las remuneraciones de los obreros y del personal técnico y administrativo. ¡Esto en un país donde la mayoría de la masa trabajadora alcanza con dificultad a mantenerse siquiera a nivel del salario mínimo y en el que las diferencias salariales entre las distintas categorías de trabajadores tienden a extremarse! [3]

Curiosamente, esos mismos críticos son los que rechazan con indignación la posibilidad de que en Brasil se presenten —como yo sostengo— problemas en lo que se refiere a la realización del capital. Invocando a Marx (aunque de hecho confundiendo Marx con Say), niegan, primero, que la realización del capital en una economía capitalista dependa fundamentalmente, del mercado de bienes de consumo corriente y, luego, haciendo caso omiso de la contradicción entre este argumento y el que sigue, vuelven a negar la existencia de tales problemas por el hecho de que, mediante una decente productividad del trabajo y la integración progresiva de capas trabajadoras al consumo, el mercado interno brasileño puede seguir expandiéndose sin mayores dificultades.

Vayamos por partes. Lo primero que habría que señalar a esos autores (me refiero a los críticos del sistema, los ideólogos oficiales están haciendo su trabajo) es que —por poco importante que parezca a los intelectuales pequeño burgueses— la realización de los productos de consumo corriente constituye un motivo constante de preocupación para el capitalista; a esto responde el enorme desarrollo de la mercadotecnia y la publicidad comercial y, más aún, el giro de la economía burguesa, a partir de mediados del siglo pasado desde los problemas de la oferta o la producción hasta el hincapié en los problemas de la demanda [4]. Ello es así porque, por significativa que sea (y lo es cada vez más) la realización de mercancías bajo la forma de maquinarias e insumos industriales, ésta se encuentra referida, en última instancia, al mercado de bienes finales, en el cual desempeña un papel relevante la demanda de bienes de consumo corriente. Pretender separar la producción de la circulación y realización de las mercancías, so pretexto de que es la primera la que debe primar en el análisis, y subestimar en la realización del capital el papel que desempeña la demanda de bienes de consumo corriente, no sólo no es una posición marxista, sino que puede convertirse en instrumento útil a la apología del sistema. La realización del capital es, antes que nada, realización del capital-mercancía y constituye un elemento fundamental en el ciclo del capital; éste sólo la disocia en aquellos momentos en que se ve enfrentado a su propia ruptura: la crisis. Y, al fin y al cabo, es el fantasma de la crisis lo que espolea incesantemente la producción capitalista, arrastrándola cada vez más aprisa hacia el abismo que quiere evitar.

El argumento de que los problemas de realización no se presentarían en la economía brasileña por la integración de los trabajadores al consumo no resiste el menor análisis. Lejos de un desarrollo que integre capas crecientes de la población al consumo, sobre la base del aumento de la productividad del trabajo, lo que predomina en una economía dependiente como la de Brasil son las formas de la superexplotación del trabajo (agudizadas, esto sí, por el incremento de la productividad), que no sólo excluyen a esas masas del consumo, sino también del empleo productivo creado por la acumulación del capital. Es así como, según datos oficiales, la población de 10 años de edad y más aumentó, entre 1960 y 1970, en 17 millones de personas, de los cuales 7 millones se han insertado en la estructura del empleo; de éstos, menos de 4 millones han sido absorbidos por los sectores directamente productivos (cerca de 2.5 millones por la industria y el restante por la agricultura) y algo más de un millón de personas por los servicios vinculados a la producción (incluido el comercio, donde se oculta, como sabemos, buena parte del desempleo disfrazado); los demás se han ido a actividades improductivas, registrándose el caso de la burocracia pública, que, tras un crecimiento promedio de 20% en las tres décadas precedentes, prácticamente dobló sus efectivos en el período considerado [5].

Hemos visto ya cómo se presenta el problema de las remuneraciones; no insistiremos en ello y tampoco, por ahora, en el carácter regresivo de la distribución del ingreso. Señalemos tan sólo que los índices mismos de la producción industrial indican que, tomando los años de 1964 y 1970 como términos de comparación, ramas como la de material de transporte saltaron de 92.4 a 225.2, mientras que industrias de bienes-salario, como la textil, bajaban de 101.6 a 97.2 y la de vestuario y calzado se mantenía prácticamente estancada, en torno a 113. ¡Es difícil imaginar a las capas trabajadoras que, según nuestros autores, se estarían integrando al consumo, contribuyendo a dinamizar el

mercado de automóviles, por ejemplo, antes que el de bienes de consumo corriente! La verdad es distinta: el sistema económico impuesto en Brasil por el gran capital nacional y extranjero agrava cada vez más sus rasgos monstruosos, particularmente el aumento del ejército industrial de reserva, bajo la forma de desempleo abierto o disfrazado, y el divorcio entre la estructura productiva y las necesidades de consumo de las amplias masas, volcándose la primera hacia el mercado mundial.

Ha sido a partir de esa visión de las cosas como he planteado, para el caso de Brasil, el concepto de subimperialismo. No pudiendo cerrar los ojos al expansionismo comercial brasileño, algunos de los críticos del sistema ya mencionados han buscado tergiversar el problema, recurriendo incluso, sin inhibiciones al mismo Lenin. La exportación de manufacturas —declaran doctamente— no caracteriza al imperialismo; éste se define por el control de fuentes de materias primas, el reparto del mundo y la exportación de capitales. Aún más, agregan: la exportación de manufacturas llevada a cabo por Brasil no responde a problemas de realización creados por el estrechamiento relativo del mercado interno, sino a la necesidad de remunerar al capital extranjero invertido, en forma directa o indirecta, en la economía brasileña.

Este tipo de argumentación obliga, antes que nada, a deshacer los equívocos que implica y a restablecer la verdad de los hechos. Afirmar que la exportación de productos manufacturados no basta para caracterizar al imperialismo es, desde luego, una perogrullada. Para demostrarla, nuestros críticos no necesitarían siquiera recurrir al ejemplo de las economías industriales clásicas, en su fase preimperialista: les bastaría indicar que uno de los factores que ha actuado en favor de la industrialización latinoamericana, en su primera etapa, fue justamente la exportación de manufacturas; para ello, no tendrían sino que echar una ojeada a los índices de exportación de textiles, calzados y otros bienes-salario desde América Latina, durante la década de 1940, cuando las economías avanzadas se encontraban absorbidas por el esfuerzo de guerra. Señalemos, de paso, que esto deja mal parada a la tendencia a identificar la industrialización en nuestros países, durante esa primera etapa, exclusivamente con la sustitución de importaciones.

Sin embargo, aun las perogrulladas pueden resultar peligrosas si se dan en abstracto. No es bastante decir que la exportación de manufacturas no caracteriza al imperialismo e ignorar que uno de los rasgos propios del imperialismo es precisamente la agudización de la competencia por mercados. ¿Sería posible que el salto dado por las exportaciones brasileñas totales, que, entre 1964 y 1973, pasaron de menos de 1500 millones de dólares a más de 6 mil millones, siendo que las manufacturas, que no sumaban en valor siquiera 100 millones de dólares (cerca de un 7% del total) se elevaron a 1 800 millones de dólares (casi un 30%), sería posible que esa expansión se hubiera llevado a cabo sin una agresividad creciente hacia el exterior del capital nacional y extranjero que opera en Brasil? ¿No llama la atención que, tan sólo entre 1968 y 1970, las exportaciones de manufacturas hacia Sudamérica hayan evolucionado de 182 millones de dólares a 284 millones, dándose casos —como el de Paraguay— en que la cifra inicial se multiplica por dos? ¿Tampoco deja de ser significativo que

las exportaciones globales hacia Africa, en esos tres años, hayan pasado de 39 millones de dólares a 60 millones y que, en países como Mozambique (por pequeños que sean los datos absolutos), las cifras sean, respectivamente, de 92 mil y 968 mil dólares? Si relacionamos esa expansión comercial con el dinamismo de la estructura industrial brasileña (que desfavorece, como vimos, a las industrias de bienes-salario) y la incapacidad del sistema para incorporar a las masas a la producción y el consumo, entendemos mal el porqué de tanta resistencia a admitir la existencia de problemas de realización *en el interior* de la economía de Brasil.

El hincapié puesto en el expansionismo comercial para contradecir la idea del subimperialismo revela, por lo demás, desconocimiento de hechos. ¿Acaso la política expansionista brasileña en América Latina y Africa, además de la búsqueda de mercados, no corresponde al intento de asegurarse el control de fuentes de materias primas —como el hierro y el gas de Bolivia, el petróleo de Ecuador y las colonias portuguesas en Africa, el potencial hidroeléctrico de Paraguay— y, aún más, al de cerrarles las posibilidades de acceso a las mismas a posibles competidores, como Argentina? La ofensiva brasileña sobre esos países y la amenaza que pesa sobre Venezuela y Argentina, así como sobre Africa, ¿no corresponden al propósito de obtener, *dentro del actual reparto del mundo*, zonas de influencia e imponer incluso la hegemonía de Brasil en el Atlántico Sur? La exportación de capitales brasileños, principalmente a través del Estado (lo que nos muestra a la Petrobrás criolla, convertida en Brazilian Petroleum, bregando por ingresar al cártel internacional del petróleo, así como un incremento constante de los préstamos públicos al exterior), pero también asociados a grupos financieros extranjeros, para explotar las riquezas de Paraguay, Bolivia y las colonias portuguesas de Africa, para dar algunos ejemplos, ¿no se presenta como un caso particular de exportación de capital, planteado en el marco de lo que puede hacer un país dependiente como Brasil?

En estos términos, resulta poco fundada la tesis de que la expansión externa de Brasil estaría motivada por la necesidad de remunerar al capital extranjero invertido en el país. Es obvio que, como cualquier país importador de capital y tecnología, Brasil debe contar con un margen de divisas suficiente como para hacer frente al pago de royalties, amortizaciones, intereses y a la remesa de beneficios al exterior. Conviene, sin embargo, tener presente que, más que a través de las divisas aportadas por la exportación, ese problema se resuelve precisamente en la medida en que los ingresos de capital extranjero sean superiores a sus salidas [6], lo que plantea la exigencia de *atraer y retener* ese capital y, por tanto, de *ofrecerle ganancias compensadoras y campos para su acumulación y realización*. Esto es lo que explica por qué empresas como la Volkswagen, pese al *boom* de su producción automotriz entre 1966 y 1973, haya desplazado capitales hacia la producción ganadera para la exportación, así como por qué se están formando consorcios financieros brasileño-extranjeros para operar en América Latina y Africa. El hecho de que, una vez ingresado al país, el capital extranjero tenga que salir al exterior, sea para realizarse en tanto que mercancía, sea para convertirse en capital productivo, muestra cuán endeble es el argumento de que el expansionismo brasileño no está motivado por problemas de mercado interno [7]. ¡Si se sigue esa pendiente, se acabará por sostener que, en la fase de la economía exportadora, la producción cafetalera brasileña se dirigía al mercado mundial más por gusto que por necesidad!

Finalmente, hay que considerar que —a diferencia de lo que se viene diciendo— la característica central del imperialismo no es ni la exportación de manufacturas o de capitales ni el control de fuentes de energía y materias primas ni el reparto del mundo. Éstas son más bien las manifestaciones que asume la economía capitalista al pasar a la *fase de los monopolios y del capital financiero*, como lo han señalado no sólo Lenin, sino también Bujarin, Hilferding y demás autores marxistas que se han ocupado del tema. Sería bueno, en este sentido, tener presente el acelerado proceso de monopolización (vía concentración y centralización del capital) que tuvo lugar en Brasil en los últimos diez años, así como el extraordinario desarrollo del capital financiero, principalmente a partir de 1968. Aun haciendo a un lado a las bolsas de valores, que en su mejor momento (1969) hicieron circular emisiones de capital por el valor de más de 5 mil millones de cruzeiros, pero que no han podido mantener ese ritmo, es necesario no olvidar el papel desempeñado por el sistema bancario en el curso del "milagro", y en especial de los bancos de inversión, cuyos depósitos pasaron de mil millones de cruzeiros en 1969 a 5 mil millones en 1971, arrojando en este año tasas de ganancia cercanas al 30%.

Todo ello está mostrando que la discusión se encuentra mal planteada y que hay que definir con más precisión los términos en que ella debe darse. La teoría leninista del imperialismo —ella misma un desarrollo de la economía política marxista destinado a explicar las nuevas tendencias del capitalismo mundial a principios del siglo— es un punto obligado de referencia para el estudio del subimperialismo, pero no puede ser invocada para impedir que ese estudio se lleve a cabo. Y no lo puede, entre otras razones, porque está referida al *imperialismo*, no al *subimperialismo*. A riesgo de aburrir al lector, remachando argumentos que se detallan en este libro, me veo forzado a replantear, aunque sea someramente, el marco en el cual el problema debe ser correctamente analizado.

Al desarrollarse la industria en la economía dependiente, esto se hace, en lo fundamental, para sustituir importaciones destinadas a las clases medias y altas de la sociedad. Con el propósito de asegurar el dinamismo de esa estrecha franja de mercado (que corresponde, en general, al 5% de la población total y a la cual se suman sectores del estrato del 15% inmediatamente inferior), se le traspasa poder de compra retirado a los grupos de bajos ingresos, es decir, a las masas trabajadoras —lo que es posible por el hecho de que éstas, sometidas a la superexplotación, perciben remuneraciones por debajo del valor real de su fuerza de trabajo. Por otra parte, a fin de aumentar la cuota de explotación —y por ende de plusvalía— con base en la mayor productividad del trabajo, se recurre a la importación de capitales y tecnología extranjeros; éstos se encuentran referidos a patrones de consumo accesibles tan sólo a los grupos de altos ingresos, con lo que se mantiene la tendencia a la compresión del consumo popular y se acentúa el divorcio entre la estructura productiva y las necesidades de consumo de las masas.

La absorción de técnicas modernas de producción por economías basadas en la superexplotación empeora la situación de los trabajadores, al expandir en ritmo acelerado el subempleo y la desocupación, o sea, al aumentar el ejército

industrial de reserva (condición *sine qua non* para mantener la superexplotación del trabajo); a ello se refiere la categoría de "marginalidad", que preocupa cada vez más a los científicos sociales latinoamericanos. Desde otro punto de vista, e independientemente del progreso técnico, la superexplotación actúa por sí misma en el sentido de agudizar la concentración del capital (en la medida en que convierte parte del fondo de salarios en fondo de acumulación de capital), provocando como contrapartida la depauperización de las masas.

En el plano de la producción, ese tipo de industrialización opera en el sentido de ampliar constantemente las brechas que se van estableciendo:

a) entre las industrias dichas "dinámicas" (productoras de bienes suntuarios —en las condiciones latinoamericanas— así como de bienes intermedios y equipos destinados a esa producción) y las industrias "tradicionales" (productoras de bienes de consumo corriente o, para ser precisos, bienes-salario);

b) entre las grandes empresas, en su mayoría extranjeras o ligadas al capital extranjero, y las empresas medianas y pequeñas. Las primeras predominan, numéricamente, en las ramas dinámicas y las segundas en la tradicionales.

El proceso de acumulación en condiciones de superexplotación, o sea el proceso de acumulación dependiente agudiza así la concentración y la centralización del capital (la monopolización), beneficiando simultáneamente a las ramas industriales que se separan del consumo popular. En otras palabras, la realización del capital tiende a reducir su relación con el mercado interno.

Desde el punto de vista del mercado, o la circulación de mercancías, ese tipo de industrialización conduce, en efecto, a una desproporción creciente entre la producción y el consumo. Los problemas de realización que de allí se derivan tienden a resolverse mediante:

a) la intervención cada vez mayor del Estado en la creación de mercado, a través de obras de infraestructura, de interés social (vivienda, etc.) y, en determinadas condiciones, de la compra de armamentos (lo que provoca sea el estímulo a la producción privada de armamentos, sea la inversión estatal directa en ese sector);

b) la distribución regresiva del ingreso, a fin de aumentar el poder de compra de los grupos altos, y

c) la exportación de manufacturas. Esta última tendencia implica que la esfera de circulación del capital generada por el sector industrial se desplaza hacia el mercado mundial, haciendo revivir bajo nueva forma la antigua economía exportadora de bienes primarios.

La industrialización dependiente, tal como se le ha descrito, presenta a nivel global dos características básicas:

a) es desigual, es decir, da lugar a diferentes grados de desarrollo industrial (y por ende de composición orgánica del capital) en los países dependientes, y

b) reorienta hacia el sector industrial de esos países el capital extranjero, en virtud de las elevadas cuotas de plusvalía que allí se presentan, así como de la posibilidad que ofrece a los países avanzados de exportar hacia ellos ya no sólo bienes de consumo corriente, sino también bienes intermedios y de capital.

Se observa, así, el surgimiento de una nueva división internacional del trabajo, que transfiere —desigualmente, téngase presente— etapas de la producción industrial hacia los países dependientes, mientras los países avanzados se especializan en las etapas superiores; simultáneamente, se perfeccionan los mecanismos de control financiero y tecnológico de estos últimos sobre el conjunto del sistema. La circulación del capital a escala mundial se intensifica y se amplía, al mismo tiempo que se diversifica su acumulación. Sin embargo, siguen actuando las tendencias a la concentración y a la centralización, propias de la acumulación capitalista, aunque ahora también en beneficio de naciones de composición orgánica intermedia. A esto corresponde, *desde el punto de vista estrictamente económico*, el subimperialismo.

El subimperialismo se define, por tanto:

a) a partir de la reestructuración del sistema capitalista mundial que se deriva de la nueva división internacional del trabajo, y

b) a partir de las leyes propias de la economía dependiente, esencialmente: la superexplotación del trabajo, el divorcio entre las fases del ciclo del capital, la monopolización extremada en favor de la industria suntuaria, la integración del capital nacional al capital extranjero o, lo que es lo mismo, la integración de los sistemas de producción (y no simplemente la internacionalización del mercado interno, como dicen algunos autores).

Desde el primer punto de vista, se puede señalar que, entre más de ochenta países dependientes considerados, sólo alrededor de seis ostentan un producto bruto en el cual la producción industrial incide en una proporción cercana al tercio —lo que apunta a una composición orgánica más alta, en principio; entre éstos, en América Latina, se encuentran Brasil, Argentina y México. Sobre el segundo punto, es en esos países donde se observa —paralelamente a un agravamiento de las características anteriormente señaladas respecto a la industrialización dependiente— un mayor desarrollo de los monopolios y del capital financiero, en estrecha conexión con el proceso de integración al capital extranjero.

Hemos dicho ya, en otras oportunidades, que la concreción histórica del subimperialismo no es una cuestión meramente económica. La existencia de condiciones propicias a su desarrollo no asegura de por sí a un país su conversión en un centro subimperialista. Sin embargo, sí se puede afirmar que el subimperialismo corresponde al surgimiento de puntos intermedios en la composición orgánica del capital a nivel mundial, a medida que éste progresa en la integración de los sistemas de producción, así como a la llegada de una economía dependiente a la fase del monopolio y del capital financiero. Igualmente se puede identificar a Brasil como la más pura expresión del subimperialismo, en nuestros días.



Para concluir este prefacio, habría que reiterar la importancia del estudio del subimperialismo para el desarrollo del movimiento revolucionario latinoamericano. Parece ser una ley de la historia que el predominio de una nación sobre otros pueblos confiere a los movimientos políticos que éstos emprenden un carácter unificador. Así fue en Latinoamérica misma, donde las guerras de liberación del siglo XIX se llevaron a cabo en el marco establecido por España y Portugal. En una amplia medida, el hecho de que las colonias españolas, al revés de lo que pasó con Brasil, hubieran conformado una multiplicidad de estados nacionales, al revés de los tres o cuatro que debieran de haber formado, se debe, entre otras causas, a las insuficiencias de su desarrollo económico —que se mantuvo por lo general centrado en torno a una explotación de minerales que anunciaba las futuras economías de enclave— y a la debilidad del control ejercido hacia el interior por los centros político-administrativos creados por la metrópoli.

En la fase de la integración de los sistemas de producción, que el imperialismo promueve hoy, si es cierto que se echan las bases para la revolución mundial, como previó Marx, no lo es menos que ésta pasa por las mediaciones establecidas por particularidades regionales, que determinan su curso y limitan su amplitud. Como quiera que sea, los procesos que tienen lugar hoy día en el sudeste asiático, en el Medio Oriente o en Africa negra nos están mostrando que las corrientes revolucionarias tienden a rebasar los marcos nacionales y arrastran consigo a pueblos enteros. La aplicación a esas regiones del concepto de subimperialismo, particularmente por Andre Gunder Frank y Samir Amin, parece contribuir a aclarar la naturaleza de esos procesos, aunque quede todavía un largo trecho a recorrer antes que el subimperialismo se convierta allí en un elemento explicativo eficaz.

No pasa lo mismo en América Latina. Sea porque ha sido ella la primera región donde el problema se planteó, sea porque aquí el fenómeno, a través de Brasil, adquirió peso y dimensión, el subimperialismo ha pasado a desempeñar un papel determinante en el curso del proceso político de nuestros pueblos. Respuesta de la reacción nacional y extranjera al ascenso de las luchas de clases en la región que se inicia con la Revolución cubana, la afirmación y la proyección externa del subimperialismo brasileño se ha dado *pari passu* con la agudización de las luchas populares en otros países, particularmente los que están en su zona de influencia más directa: Uruguay, Bolivia, Chile y, en cierta medida, Argentina. Desde 1965 se inició la presión de Brasil sobre Uruguay, considerado por los ideólogos del régimen, juntamente con la Guyana, como un punto de primera prioridad en su esquema continental de seguridad; en 1971, cuando los movimientos populares alcanzaban su punto más alto, Brasil desató su gran ofensiva, que, además de afectar radicalmente la situación uruguaya, favoreció la caída de los gobiernos de Torres en Bolivia y de Allende en Chile. Paralelamente, la presencia brasileña se acentuaba en Ecuador y se proyectaba hacia Portugal y Africa.

Lo mismo que la noción de subimperialismo, la actuación brasileña en el exterior ha dado lugar a posiciones encontradas por parte de las fuerzas políticas y los intelectuales latinoamericanos. Conviene hacer sobre ello algunas

consideraciones. La influencia del subimperialismo brasileño no se da autónomamente, sino que se encuentra articulada con la de Estados Unidos, aunque ostente un cierto grado de autonomía e iniciativa respecto a este país. Esto se ha visto claramente cuando, en 1971, mientras Estados Unidos se inclinaba hacia una política más moderada respecto al gobierno de Torres, Brasil propugnaba —y logró imponer— una política más dura. Los acontecimientos bolivianos de 1971 revelaron además lo esencial de la estrategia contrainsurreccional que se aplica hoy en América Latina, la misma que adoptaron las fuerzas golpistas en Brasil en 1964 y que se puso en práctica después en Chile: preparar una sólida base de apoyo para la contrarrevolución (el triángulo Río-Minas-São Paulo, en Brasil; la provincia de Santa Cruz, en Bolivia, y las provincias sureñas de Chile), capaz de permitir el golpe de Estado fulminante o una correlación de fuerzas favorable en el caso de que el intento de golpe desembocara en la guerra civil.

Esta flexibilidad táctica está ya indicando que el éxito de la contrarrevolución depende, en última instancia, de la situación interna del país. En Chile, como en Bolivia [8], la intervención brasileña y norteamericana debió pasar a través de ésta y, en consecuencia, era a las masas chilenas, sus partidos y el gobierno de la Unidad Popular que cabía pronunciar la última palabra sobre la decisión del proceso que habían puesto en marcha en 1970. Como quiera que sea, la derrota a la que fue llevado el pueblo de Chile, así como el de Bolivia y Uruguay, le ha costado sufrir en carne propia los métodos de explotación y opresión que se han aplicado en Brasil. La supresión de todas sus conquistas sociales y políticas, las matanzas, la tortura, la rebaja de salarios, la extracción forzosa de plusvalía a que están siendo sometidos los trabajadores chilenos son suficientes para demostrar la gravedad de la amenaza que representa para los pueblos de América Latina la existencia de un sistema como el subimperialismo brasileño, que exporta necesariamente la superexplotación y el terror.

Y, sin embargo, los sucesos chilenos de 1973 amenazan con volverse para el subimperialismo brasileño en una victoria pírrica. El alto grado de organización y conciencia a que habían llegado los obreros y el pueblo de Chile, la presencia de una izquierda revolucionaria que ha sabido madurar en las acciones armadas y en la lucha de masas, los lazos de solidaridad y acción común que se están estableciendo entre ella y otras vanguardias del Cono Sur, todo ello está creando las premisas para el inicio, en América Latina, de una amplia contraofensiva revolucionaria y popular, que ponga término a la oleada reaccionaria desatada en la última década. Fábrica por fábrica, ciudad por ciudad, país por país, empieza a forjarse, sobre la base de quince años de lucha, un movimiento revolucionario que sabrá liquidar en nuestra América las formas monstruosas de dominación que nos ha impuesto el gran capital nacional y extranjero.

R.M.M.  
Mayo, 1974

## Notas

[1] Véase *Dialéctica de la dependencia*, Ediciones Era, México, 1973

[2] Esta tesis fue sustentada por Fernando Henrique Cardoso en el Seminario sobre Clases Sociales y Crisis Política en América Latina, organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, realizado en Oaxaca, en junio de 1973.

[3] Entre 1966 y 1970, el 40% de los trabajadores ubicados en la parte más baja de la estructura del empleo industrial en Brasil vio reducirse su participación en la masa de salarios pagados del 19 al 15.5%, mientras la participación del estrato del 10% más alto se elevaba del 30 al 37.5%; cfr. Carlos Luis Guedes, *Contribuição ao estudo da distribuição da renda no Brasil*, Universidad de São Paulo, ESALG, 1972, mimeo. Por otra parte, según datos de una encuesta publicada por *O Estado de São Paulo*, del 21 de noviembre de 1972, el salario promedio de los profesionales en la industria paulista era de 20 cruzeiros por hora, para los de nivel superior, y de 9.66 cruzeiros por hora, para los de nivel medio; en cambio, el salario mínimo más elevado de São Paulo (la escala salarial en Brasil contempla niveles diferenciales por región) era tan sólo de 1.30 cruzeiros por hora; citado por Paul Singer, "Desenvolvimento e repartição da renda no Brasil", *Debate & Crítica*, revista semestral de ciencias sociales, São Paulo, núm. 1, julio-diciembre de 1973.

[4] Sobre este punto, véase mi artículo "Razón y sinrazón de la sociología marxista", *Sociedad y Desarrollo*, CESO-PLA, Santiago de Chile, núm. 3, julio-septiembre de 1972.

[5] *Tabulações avançadas del censo demográfico*, Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, Río de Janeiro, 1971.

[6] Pese a que las remesas al exterior de rentas del capital extranjero pasan de 191 millones de dólares en 1964 a 403 millones en 1971, los ingresos al país por concepto de inversiones directas e indirectas (préstamos y financiamientos) se elevan de 288 millones de dólares a 2 037 millones, haciendo que la situación de las transacciones corrientes de la balanza de pagos pasara de un déficit de 102 millones de dólares a un superávit de 1 287 millones en los años considerados. Datos de los *Anuarios Estadísticos de Brasil* y de *Conjuntura Econômica*, Río de Janeiro, septiembre de 1972.

[7] ¡Y no los habría en un país donde, entre 1960 y 1970, el 5% más rico de la población aumentó su participación en el ingreso global de 27.3 a 36.3% mientras el 80% más pobre bajaba la suya de 45.5 a 36.8% manteniéndose relativamente estacionaria la del grupo intermedio de 15% de la población (cerca de 27% de participación)!

[8] El caso de Uruguay es distinto, ya que allí Brasil estaba dispuesto a llegar a la invasión pura y simple, como lo indica el llamado "plan de 30 horas", revelado al público por el ex embajador de Argentina en Brasil, Osiris Villegas.

\* Fuente: Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución, Siglo XXI Editores, México, (quinta edición) 1974, pp. VII-XXIII. Tomado de Sitio en Internet en Homenaje a R.M. Marini*

## **CAPITULO I**

### **Subdesarrollo y revolución**

**Ruy Mauro Marini**

... todo nuestro esfuerzo está destinado a invitar a pensar, a abordar el marxismo con la seriedad que esta gigantesca doctrina merece.  
Ernesto Che Guevara

#### **Indice**

*La vinculación al mercado mundial*

*La integración imperialista de los sistemas de producción*

*La lucha por el desarrollo capitalista autónomo*

*El fracaso de la burguesía*

*El desarrollo capitalista integrado*

*El futuro de la revolución latinoamericana*

La historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial. Su estudio es indispensable para quien desee comprender la situación a la que se enfrenta actualmente este sistema y las perspectivas que se le abren. Inversamente, sólo la comprensión segura de la evolución y de los mecanismos que caracterizan a la economía capitalista mundial proporciona el marco adecuado para ubicar y analizar la problemática de América Latina.

Las simplificaciones en las que, por su limitación natural, incurra este trabajo no deben hacer olvidar al lector esa premisa fundamental.

#### **La vinculación al mercado mundial**

América Latina surge como tal al incorporarse al sistema capitalista en formación, es decir, cuando la expansión mercantilista europea del siglo XVI. La decadencia de los países ibéricos, que se posesionaron primero de los territorios americanos, engendra en éstos situaciones conflictivas, resultantes de los avances que sobre ellos intentan las demás potencias europeas. Mas es Inglaterra, mediante la dominación que acaba por imponer a Portugal y España, la que predomina finalmente en el control y en la explotación de los mismos.

En el curso de los tres primeros cuartos del siglo XIX, y concomitantemente a la afirmación definitiva del capitalismo industrial en Europa, sobre todo en Inglaterra, la región latinoamericana es llamada a una participación más activa en el mercado mundial, ya como productora de materias primas, ya como consumidora de una parte de la producción liviana europea. La ruptura del

monopolio colonial ibérico se impone entonces como una necesidad, desencadenando el proceso de la independencia política, cuyo ciclo queda prácticamente terminado al final del primer cuarto de siglo, dando como resultado las fronteras nacionales que, por lo general, rigen todavía en nuestros días. A partir de este momento, tiene lugar la integración dinámica de los nuevos países al mercado mundial, la cual asume dos modalidades principales que corresponden a las posibilidades reales de cada uno para realizar dicha integración y a los cambios que va sufriendo ésta en función del avance de la industrialización en los países centrales[1].

Así, en un primer momento, son aquellos países que presentan una cierta infraestructura económica, desarrollada en la fase colonial, y que se muestran capaces de crear condiciones políticas relativamente estables, los que responden más prontamente a las exigencias de la demanda internacional. Chile, Brasil, y un poco después, Argentina, incrementan sensiblemente en ese período su intercambio con las metrópolis europeas, basado en la exportación de alimentos y materias primas como cereales, cobre, azúcar, café, carnes, cueros y lanas. Paralelamente, utilizando inclusive los créditos que para ello les suministra Inglaterra, aumentan sus importaciones de bienes de consumo no durable y dan comienzo a la construcción de un sistema de transportes, mediante obras portuarias y los primeros ferrocarriles, con lo que abren un mercado suplementario a la incipiente producción pesada europea.

A partir de 1875, se hacen sentir ciertos cambios en el capitalismo internacional. Nuevas potencias se proyectan hacia el exterior, sobre todo Alemania y Estados Unidos, y estos últimos empiezan a desarrollar una política propia en el continente latinoamericano que choca muchas veces con los intereses británicos. En el campo mismo del comercio, la influencia norteamericana es considerable, registrándose en algunos países, principalmente Brasil, la tendencia a desplazar sus exportaciones hacia la nueva potencia del norte [2].

Asimismo, en los países centrales aumenta el desarrollo de la industria pesada y la tecnología correspondiente, y la economía se orienta hacia una mayor concentración de las unidades productivas, dando lugar al surgimiento de los monopolios. Estos rasgos, logrados por la acumulación de capital efectuada en las etapas anteriores, aceleran este proceso y fuerzan al capital a buscar campos de aplicación fuera de las fronteras nacionales, mediante empréstitos públicos y privados, financiamientos, inversiones de cartera y, en menor medida, inversiones directas. A diferencia, pues, de los créditos externos que utilizaban antes y que correspondían a operaciones comerciales compensatorias, la función que asume ahora el capital extranjero en América Latina es sustraer abiertamente una parte de la plusvalía que se genera dentro de cada economía nacional, lo que incrementa la concentración del capital en las economías centrales y alimenta el proceso de expansión imperialista.

En parte por el efecto multiplicador de la infraestructura de transportes y del aflujo de capital extranjero, mas sobre todo por la aceleración del proceso de industrialización y de urbanización en los países centrales, la cual infla la demanda mundial de materias primas y alimentos, la economía exportadora latinoamericana experimenta un auge sin precedentes. Este auge está, sin embargo, marcado por una acentuación de su dependencia frente a los países

industrializados, a tal punto que los nuevos países que se vinculan en este momento, de manera dinámica, al mercado mundial, desarrollan una modalidad particular de integración.

En efecto, el desarrollo del principal sector de exportación, tiende, en estos países, a ser asegurado por el capital extranjero mediante inversiones directas, quedando a las clases dominantes nacionales el control de actividades secundarias de exportación o la explotación del mercado interno [3]. Aun países que, como Chile, se habían integrado dinámicamente a la economía capitalista en su fase anterior, ven caer entonces su principal producto de exportación (el salitre primero, el cobre después) en manos del capital extranjero, mientras que, en Argentina, éste posee los frigoríficos y, en Brasil, controla la exportación del café.

Este hecho, aunque no cambie en lo fundamental el principio en que reposa la economía dependiente latinoamericana, tiene implicaciones de cierto alcance. En efecto, a diferencia de lo que sucede en los países capitalistas centrales, donde la actividad económica está supeditada a la relación existente entre las tasas internas de plusvalía y de inversión, en los países dependientes el mecanismo económico básico deriva de la relación exportación-importación: aunque se obtenga en el interior de la economía, la plusvalía se realiza en la esfera del mercado externo mediante la actividad de exportación, y se traduce en ingresos que se aplican, en su mayor parte, en importaciones. La diferencia entre el valor de la exportación y de las importaciones, es decir, el excedente invertible, sufre pues la acción directa de factores externos a la economía nacional.

Sin embargo, en los países en que la actividad principal de exportación está bajo el control de las clases dominantes locales, existe una cierta autonomía — condicionada evidentemente por la dependencia de la economía frente al mercado mundial— en cuanto a las decisiones de inversión. Por lo general, el excedente se aplica en el sector más rentable de la economía, que es precisamente la actividad de exportación que más lo produjo (lo que explica la afirmación de la tendencia a la monoproducción), pero, ya para atender al consumo de capas de la población que no tienen acceso a los bienes importados, ya como defensa contra las crisis cíclicas que afectan regularmente a las economías centrales, se orienta también hacia actividades vinculadas al mercado interno. Es así como en algunos países, como Argentina, Brasil, Uruguay, al lado de una industria vinculada esencialmente a la exportación (frigoríficos, molinos de harina, etc.), llega a desarrollarse una industria liviana que produce para el mercado interno, la cual rebasa el nivel artesanal y da lugar progresivamente a la implantación de núcleos fabriles de relativa importancia.

Distinta es la situación de los países cuya principal actividad de exportación se encuentra en manos de capitalistas extranjeros. La plusvalía lograda en la esfera del comercio mundial pertenece a capitalistas foráneos, y sólo una parte de ella —cuya magnitud varía según el poder de discusión de su interlocutor— pasa a la economía nacional mediante derechos e impuestos pagados al Estado [4]. De esto se derivan dos consecuencias: redistribuida a las clases dominantes locales —que por ello bregan por el control del Estado— esta parte de la plusvalía se convierte en demanda de bienes importados, reduciendo considerablemente el excedente invertible; asimismo, la parte de la plusvalía que permanece en manos del

capitalista extranjero sólo se invierte en el país si las condiciones de la economía central lo exigen; no solamente se sustraen regularmente del país, mediante la exportación de beneficios, partes sustanciales de la misma, sino que también, en los ciclos de depresión en la metrópoli, ella fluye íntegramente hacia ésta.

De esta manera, con mayor o menor grado de dependencia, la economía que se crea en los países latinoamericanos, a lo largo del siglo XIX y en las primeras décadas del actual, es una economía exportadora, especializada en la producción de unos cuantos bienes primarios. Una parte variable de la plusvalía que ahí se produce es drenada hacia las economías centrales, ya sea mediante la estructura de precios vigente en el mercado mundial y las prácticas financieras impuestas por esas economías, o a través de la acción directa de los inversionistas foráneos en el campo de la producción.

Las clases dominantes locales tratan de resarcirse de esta pérdida aumentando el valor absoluto de la plusvalía creada por los trabajadores agrícolas o mineros, es decir, sometiéndolos a un proceso de superexplotación. La superexplotación del trabajo constituye así el principio fundamental de la economía subdesarrollada, con todo lo que implica en materia de bajos salarios, falta de oportunidades de empleo, analfabetismo, subnutrición y represión policiaca.

### **La integración imperialista de los sistemas de producción**

La consolidación del imperialismo como forma dominante del capitalismo internacional no se realiza tranquilamente. En el curso de su evolución, tendrá que pasar por un período extremadamente difícil, que se abre con la guerra de reparto colonial de 1914, progresa con la desorganización impuesta al mercado mundial por la crisis de 1929 y culmina con la guerra por la hegemonía mundial de 1939. La economía que emerge de este proceso restablece la tendencia integradora del imperialismo a un nivel más alto que el precedente, en la medida en que afirma definitivamente la integración en la esfera del mercado e impulsa la etapa de la integración de los sistemas de producción comprendidos en su radio de acción.

En su aspecto más global, este proceso da lugar a tendencias contradictorias. Por un lado, refuerza el sistema imperialista, conformando un centro hegemónico de poder —Estados Unidos de Norteamérica— que impulsa y coordina la integración, al mismo tiempo que la afianza con su poderío militar. Por otro lado, conduce al surgimiento de un campo de fuerzas opuestas: el campo socialista, que nace y se desarrolla en el fuego de los conflictos engendrados por la integración imperialista.

Aun limitándonos, por las exigencias de este ensayo, al análisis de lo que sucede en el interior del sistema imperialista, no podemos ahondar en el estudio de los fenómenos que se verifican en las economías centrales. Señalemos tan sólo que el proceso de integración se acompaña de un incremento acelerado del sector de bienes de capital, particularmente notable en las industrias que, dentro de ese sector, se encuentran vinculadas a la producción bélica. Paralelamente, se produce una hipertrofia del aparato estatal, que se convierte en el principal agente de producción y consumo de la economía, especialmente en lo referente a la industria de guerra.

Si es cierto que la estatización y la militarización imperialistas se realizan en función del campo socialista, también es cierto que obedecen a la dinámica propia del sistema y expresan los mecanismos básicos que lo rigen. En último término, esta dinámica y estos mecanismos están referidos a la acumulación del capital en el interior del sistema, la cual tiende a concentrar —mediante la superexplotación del trabajo en las economías periféricas— partes siempre crecientes de la plusvalía en los centros integradores. El aumento del excedente invertible de que éstos disponen, por mucho que sea malgastado en actividades no productivas, como la industria bélica y la publicidad, acarrea un incremento constante de las inversiones directas en las economías periféricas, a través de las cuales se realiza progresivamente la integración del sistema productivo de éstas al sistema del centro integrador.

Este proceso va aunado al crecimiento y a la diversificación del sistema periférico. En efecto, la crisis del mercado imperialista, que estalla en la segunda década del siglo actual, tiene como consecuencia más importante la de inviabilizar la antigua forma de vinculación al mismo que se había impuesto en América Latina, es decir, la forma de la economía primaria exportadora. Ello se manifiesta como una tendencia permanente, que no se circunscribe sólo a los períodos de retracción del mercado mundial: por el contrario, tanto por el surgimiento de nuevas regiones productoras (impulsado por la expansión imperialista) como por el desarrollo de producciones similares o sustitutos artificiales en las mismas economías centrales, se reducen constantemente las posibilidades de comercio de América Latina, al mismo tiempo que declinan los términos de intercambio.

La crisis del sector externo, representada por las restricciones a la exportación y las dificultades resultantes para satisfacer el consumo interno mediante importaciones, exigía un cambio de actividad económica en la región. La industrialización sustitutiva de importaciones se impuso, pues, en líneas generales, en todos los países latinoamericanos, según las posibilidades reales de su mercado interno y, en consecuencia, del grado de desarrollo logrado en la etapa anterior. Desde 1920 hasta principios de los años 50, muchos países se lanzan por este camino y algunos, como Argentina, Brasil y México, llegan a crear una industria liviana capaz de satisfacer en lo esencial la demanda interna de bienes de consumo no durable.

El hecho que más llama la atención es el carácter relativamente pacífico que asume el tránsito de la economía agraria a la economía industrial en América Latina, en contraste con lo que ocurrió en Europa. Esto ha traído como resultado que muchos estudiosos mantuviesen equivocadamente la tesis de que la revolución burguesa latinoamericana está todavía por hacerse. Aunque sea cierto que la revolución burguesa no se ha realizado en América Latina, según los cánones europeos, este planteamiento es engañoso, ya que no considera que esto se debió a las condiciones objetivas dentro de las cuales se desarrolló la industrialización latinoamericana.

Recordemos, en efecto, que la industria que aquí se desarrolla, en el siglo XIX, tiene un papel complementario al sector de la exportación. Sólo en algunos países, impulsada por las crisis cíclicas del mercado mundial y el crecimiento de la población urbana, constituida en su mayor parte por masas de bajo poder



adquisitivo, se desarrolla una industria de bienes de consumo de base marcadamente artesanal.

En el primer caso, los intereses de la industria coinciden rigurosamente con los del sector agrario-mercantil y su despliegue no acarrea una diferenciación efectiva en el seno de las clases dominantes. En el segundo, la clase industrial, que se incluye entre las clases medias urbanas, se constituye por lo general de inmigrantes, quienes, al no integrarse plenamente a la sociedad, no llegan a participar activamente en los choques de intereses que allí se verifican. Proporcionarán, sin embargo, un soporte real para la ideología de clase media que se desenvuelve entonces, proteccionista en lo económico y liberal en lo político, la cual sólo se afirmará allí donde algunos sectores dominantes, entrando en conflicto con los grupos más privilegiados o necesitando enfrentarse a la competencia externa, se hacen eco de ella [5].

Como quiera que sea, la existencia de este sector industrial dedicado al mercado interno ofrece la base objetiva para un cambio de actividad económica cuando sobreviene la crisis del mercado mundial. La restricción de las importaciones le abre nuevas posibilidades de crecimiento, con el objeto de atender la demanda interna insatisfecha. Por otra parte, este sector se va a beneficiar con el excedente económico producido en la actividad exportadora, mediante la disminución de las oportunidades de inversión que allí se verifica y la tendencia de ese excedente a fluir, a través del sistema bancario, hacia la industria.

El eje del problema reside precisamente en este punto. El sector exportador había sabido defenderse de la coyuntura de depresión vigente en el mercado mundial, ya adoptando políticas de defensa del empleo manifestadas en la compra y la formación de existencias por el Estado (como pasa con el café, en Brasil), ya estableciendo acuerdos comerciales desventajosos, que garantizaban, empero, la salida de la producción (el acuerdo Roca-Runciman, firmado por Argentina e Inglaterra). En estas condiciones, dicho sector mantenía su actividad y, correlativamente, por las dificultades experimentadas para importar, ejercía una presión estimulante sobre la oferta interna, creando la demanda efectiva que la industria trataría de satisfacer.

Es este mecanismo lo que explica que, a pesar de algunos desajustes eventuales en sus relaciones, la burguesía agrario-mercantil y la burguesía industrial ascendente hayan podido pactar en provecho mutuo. El Estado que así se establece es un Estado de compromiso, que refleja la complementariedad objetiva que cimentaba sus relaciones. Sólo en aquellos países donde el sector exportador, controlado directamente por el capital extranjero, no disponía de las condiciones necesarias para cambiar su orientación es que las tensiones se hicieron más graves, dando lugar a conflictos radicales que terminaron, sin embargo, por conducir a una situación de represión impuesta por las antiguas clases dominantes, la cual se tradujo en un relativo estancamiento económico.

### **La lucha por el desarrollo capitalista autónomo**

El pacto firmado entre la burguesía agrario-mercantil y la burguesía industrial expresaba una cooperación antagónica y no excluía, pues, los choques de intereses en el seno de la coalición dominante. Las divergencias en materia de

política cambiaria y de crédito, los intentos constantes de la burguesía industrial para canalizar hacia sí el excedente generado en el sector exportador, su propósito de asegurar a través del Estado el desarrollo de sectores básicos fueron causas de conflictos interburgueses constantes, que se manifestaron por una inestabilidad política superficial, la cual nunca puso en jaque los cimientos mismos del poder. Tales tensiones resultaban, en último término, de los movimientos del polo económico vinculado al mercado interno, en su progresión para liberarse de la dependencia del polo externo e imponerle a éste su predominio.

La aceleración que, en el curso de la segunda guerra mundial, se produce en el proceso de industrialización latinoamericana y que lanza a nuevos países, como Venezuela, al camino que habían recorrido desde los años treinta Argentina, Brasil y México, refuerza considerablemente el polo interno y crea las condiciones para una lucha más abierta por el predominio dentro de la coalición dominante. En esta lucha, la burguesía industrial echará mano de la presión de las masas ciudadanas, que aumentaron considerablemente en el período precedente, en el marco de un juego político conocido corrientemente por "populismo". Su fruto será el establecimiento de regímenes de tipo bonapartista, cuyo ejemplo más claro es el gobierno de Perón.

Históricamente, y desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas, esta situación corresponde al término de la etapa de la industrialización de primer grado, sustitutiva de bienes de consumo no durable, y la necesidad de implantar una industria pesada, productora de bienes intermedios, de consumo durable y de capital. La burguesía industrial toma conciencia de esta situación, en principio, por el agotamiento relativo con que choca en el mercado interno la expansión de la industria ligera, de primer grado. Esto la impulsa a intentar la ampliación de la escala de mercado, ya mediante la apertura de frentes externos (política seguida inicialmente por Perón), ya a través de la dinamización del mismo mercado interno, mediante políticas de redistribución del ingreso, que van desde el aumento de salarios hasta el planteamiento de una reforma agraria (lo que sucedió, un poco, con Perón y más con Vargas, en su segundo período de gobierno, 1950-54). Sin embargo, el bloqueo al que se enfrenta la expansión de la industria ligera, aunado a las dificultades para importar los bienes intermedios y equipos necesarios, conducen a la burguesía a encarar la segunda etapa del proceso de industrialización, es decir, la creación de una industria pesada.

En la medida en que esto se combina con la exigencia de ampliar el mercado para la industria liviana y exige un mayor excedente de capital invertible, se hace necesario aumentar las transferencias de capital desde el sector exportador y poner de pie protecciones arancelarias que defiendan el mercado nacional. Es por lo que la burguesía choca simultáneamente con la clase latifundista-mercantil y con los *trusts* internacionales a los que está conectada la economía por sus actividades de exportación e importación.

El bonapartismo se plantea, en esta perspectiva, como el recurso político de que se sirve la burguesía para enfrentarse a sus adversarios. Basándose en las masas populares urbanas, a las que seduce por su fraseología populista y nacionalista, pero más concretamente por sus intentos de redistribución del ingreso, ella

intenta poner de pie un nuevo esquema de poder, en el cual, mediante el apoyo de las clases medias y del proletariado y sin romper el esquema de colaboración vigente, le sea posible sobreponerse a las antiguas clases terrateniente y mercantil. Por las implicaciones que tiene en las relaciones económicas con el centro imperialista hegemónico, ello tiende a combinarse con la búsqueda de fórmulas capaces de promover el desarrollo capitalista autónomo del país.

Conviene aquí subrayar que estos cambios en América Latina se hacen visibles en el momento mismo en que, reorganizado el mercado mundial bajo la hegemonía de Estados Unidos, el imperialismo afirma su tendencia a la integración de los sistemas de producción. Esta es movida por dos razones fundamentales, de las cuales la primera tiene que ver con el avance de la concentración de capital en escala mundial, lo que pone en manos de las grandes compañías internacionales una superabundancia de recursos invertibles que necesitan buscar nuevos campos de aplicación en el exterior. La tendencia declinante del mercado de materias primas y el hecho de que, durante la fase de desorganización de la economía mundial, se desarrolló en las economías periféricas un sector industrial vinculado al mercado interno, hace que sea este sector el que atraiga al capital extranjero que busca oportunidades de inversión.

La segunda razón de la integración de los sistemas de producción es dada por el gran desarrollo del sector de bienes de capital en las economías centrales, el cual fue acompañado de una aceleración considerable del progreso tecnológico. Esto hizo, por un lado, que el tipo de equipos producidos, siempre más sofisticados, debiesen aplicarse a actividades más elaboradas del tipo industrial en los países periféricos, existiendo interés, por parte de las economías centrales, de impulsar allí el proceso de industrialización. Por otro lado, en la medida en que el ritmo del progreso técnico redujo en los países centrales el plazo de reposición del capital fijo de un promedio de ocho a uno de cuatro años [6], surgió la necesidad, para esos países, de exportar a la periferia equipos y maquinarias que resultaron obsoletos tempranamente, mas aún no totalmente amortizados.

Entonces, en el momento en que las burguesías nacionales de los países latinoamericanos se plantean la conveniencia de desarrollar su propio sector de bienes de capital, chocan con el asedio del capital extranjero, que las presiona para penetrar en la economía y allí implantar ese sector. Es natural, por lo tanto, que buscando defender su plusvalía y su campo mismo de inversión (recordemos que el campo de inversión representado por la industria ligera daba señales de agotamiento), la primera reacción de esas burguesías haya sido la de resistir el asedio, por lo que formulan una ideología nacionalista, que se orienta hacia la definición de un modelo de desarrollo capitalista autónomo. Pero también se comprende que, aunado al conflicto que ya sostienen con las antiguas clases dominantes internas, la apertura de este segundo frente de lucha haya conducido al fracaso al conjunto de la política burguesa.

### **El fracaso de la burguesía**

La causa fundamental de este fracaso se debe, en último término, a la imposibilidad de la industria para sobreponerse al condicionamiento que le ha impuesto el sector externo, desde sus primeros pasos. Atendiendo a la demanda creada por las clases ricas y utilizando una tecnología importada de los países

centrales, cuya característica principal es ahorrar mano de obra, la industria latinoamericana se encontró con un mercado reducido, que trataba de compensar utilizando abusivamente la relación precio-salarios. Esto era posible justamente porque, empleando una tecnología ahorrativa de mano de obra, la industria afrontaba una oferta de trabajo en constante expansión, lo que le permitía fijar los salarios a su más bajo nivel. En contrapartida, el crecimiento del mercado era extremadamente lento y no se podía compensar sino mediante el alza de precios, es decir, la inflación.

Cuando se plantea el problema de la creación de una industria pesada, la burguesía industrial se inclina inicialmente, como vimos, hacia la reformulación de ese esquema. En este sentido, trata de movilizar instrumentos capaces de ampliar la escala del mercado, así como de acelerar la transferencia hacia el sector industrial del excedente creado por las exportaciones. Sin embargo, en su afán de aumentar su plusvalía relativa —aprovechando la oferta mundial de equipos y maquinarias que se incrementa en la posguerra— acaba por volverse hacia medidas más inmediatas, tendientes a flexibilizar a corto plazo la capacidad para importar.

Ahora bien, vimos que desde los años veinte la capacidad para importar se deterioraba constantemente. Para elevar, pues, el monto de divisas disponibles para la importación de equipos y bienes intermedios, no queda a la burguesía industrial sino transigir con el sector agrario-exportador y darle incluso las facilidades e incentivos que exige para expandir sus actividades. Para hacerlo, sin limitar la acumulación de capital necesario para enfrentar la segunda etapa de industrialización, tiene que descargar sobre las masas trabajadoras de la ciudad y del campo el esfuerzo de capitalización, con lo que afirma una vez más el principio fundamental del sistema subdesarrollado, es decir, la superexplotación del trabajo.

Este fenómeno, claramente manifiesto en la aceleración de la inflación y luego en las políticas de "estabilización", así como en la renuncia a realizar una reforma agraria efectiva, da como consecuencia la ruptura de la base en que se apoyaba la política bonapartista. Al transigir con las antiguas clases dominantes, la burguesía industrial tuvo que abandonar su fraseología revolucionaria, el tema de las reformas de estructura, las políticas de redistribución del ingreso. Con ello se divorció de las aspiraciones de las grandes masas y echó por tierra la posibilidad de mantener con ellas una alianza táctica.

Este proceso se completó con la renuncia de la burguesía a llevar a cabo una política de desarrollo autónomo. En efecto, el asedio de los capitales extranjeros, que se intensifica en los años cincuenta, coincide con la dificultad de las economías latinoamericanas para lograr una flexibilización de su capacidad para importar, mediante la expansión de exportaciones tradicionales (dificultades sobre todo sensibles al terminarse la guerra de Corea). Ahora bien, las compañías extranjeras disponían, como vimos, de equipos y maquinarias obsoletos y no amortizados en las metrópolis, que representaban un adelanto efectivo frente al nivel tecnológico imperante en los países latinoamericanos. La entrada de esos capitales, bajo la forma de inversión directa y, cada vez más, en asociación con empresas locales, constituía una solución conveniente para las dos partes: para el inversionista extranjero, su equipo obsoleto produciría allí utilidades similares

a las que podía obtener con un equipo más moderno en su país de origen, en virtud del precio más bajo de la mano de obra local; para la empresa local, se abría la posibilidad de lograr con dicho equipo una plusvalía extraordinaria.

Así, la burguesía industrial latinoamericana evoluciona de la idea de un desarrollo autónomo hacia una integración efectiva con los capitales imperialistas y da lugar a un nuevo tipo de dependencia, mucho más radical que el que rigiera anteriormente. El mecanismo de la asociación de capitales es la forma que consagra esta integración, la cual no solamente desnacionaliza definitivamente la burguesía local, sino que, unida como va a la acentuación del ahorro de mano de obra que caracteriza al sector secundario latinoamericano, consolida la práctica abusiva de precios (que se fijan según el costo de producción de las empresas tecnológicamente más atrasadas) como medio de compensar la reducción concomitante del mercado. El desarrollo capitalista integrado acrecienta, pues, el divorcio entre la burguesía y las masas populares, intensificando la superexplotación a que éstas están sometidas y negándoles lo que representa su reivindicación más elemental: el derecho al trabajo.

La coincidencia de esas dos tendencias —el abandono de la política bonapartista y de las aspiraciones al desarrollo capitalista autónomo— arrastra a la caída a los regímenes liberal-democráticos que habían intentado afirmarse en la posguerra y conduce a la implantación de dictaduras tecnocrático-militares. Ello va unido a la acentuación del papel directivo del Estado y al incremento considerable de los gastos militares, que se constituyen en escala creciente en demanda de una oferta industrial que no puede basarse en la expansión del consumo popular. Con las deformaciones de escala naturales, el imperialismo reproduce así en las economías periféricas de América Latina los mismos rasgos fundamentales que afirmó en las economías centrales, en su tránsito hacia la integración de los sistemas de producción.

### **El desarrollo capitalista integrado**

En el marco de la dialéctica del desarrollo capitalista mundial, el capitalismo latinoamericano reprodujo las leyes generales que rigen el sistema en su conjunto, mas, en su especificidad propia, las acentuó hasta su límite. La superexplotación del trabajo en que se funda lo condujo finalmente a una situación caracterizada por un corte radical entre las tendencias naturales del sistema y, por lo tanto, entre los intereses de las clases beneficiadas por él, y las necesidades más elementales de las grandes masas, que se manifiestan en sus reivindicaciones de trabajo y de consumo. La ley general de la acumulación del capital, que implica la concentración de la riqueza en un polo de la sociedad y el pauperismo absoluto de la gran mayoría del pueblo, se expresa aquí con toda brutalidad y pone a la orden del día la exigencia de formular y practicar una política revolucionaria, de lucha por el socialismo.

Sería ingenuo, sin embargo, creer que el éxito de esa política está inscrito en el orden natural de las cosas y que se deriva necesariamente de la irracionalidad cada día más evidente de la organización económica impuesta por el capitalismo. Si no tomamos conciencia de la situación que atravesamos y no le oponemos una acción sistemática y radical, los pueblos del continente nos arriesgamos a zozobrar durante un período de duración imprevisible en las sombras del

esclavismo y del embrutecimiento. Ello es tanto más peligroso porque el sistema ya se moviliza, sea para promover la eliminación física de poblaciones enteras (mediante, por ejemplo, las técnicas de esterilización), sea para organizar un esquema económico y político capaz de constituirse en un instrumento efectivo de contención de las fuerzas revolucionarias emergentes.

En dicho esquema desempeñan papel preponderante los actuales proyectos de integración regional y la dictadura abierta de la clase representada por los regímenes tecnocrático-militares. La integración económica se plantea, en efecto, como una manera de llevar a su culminación, en América Latina, la integración imperialista de los sistemas de producción, en el marco de una situación económica caracterizada por una capacidad potencial creciente de la oferta y una restricción sistemática de las posibilidades de consumo. Esta situación, directamente relacionada con la difusión de una tecnología ahorrativa de mano de obra en una estructura de producción marcadamente monopolista, ha conducido a la formación de islas, caracterizadas por un relativo desarrollo industrial y urbano, desperdigadas entre grandes áreas rurales. En la medida en que la extrema concentración de la propiedad y del ingreso frena el desarrollo de las áreas rurales y de las mismas islas industriales, no se ha pensado en nada mejor que interligar a éstas entre sí y, volviendo la espalda a las hambrientas masas campesinas, integrarlas en un sistema más o menos coherente.

Es evidente que esto impone un nuevo esquema de división internacional del trabajo, que afecta no solamente a las relaciones entre los países latinoamericanos y los centros de dominación imperialista, sino también a las relaciones de aquéllos entre sí. En el primer caso, se transfieren a dichos países ciertas etapas inferiores del proceso de producción, reservándose los centros imperialistas las etapas más avanzadas (como la producción de computadoras, de conjuntos automatizados, de energía nuclear) y el control de la tecnología correspondiente. Cada avance de la industria latinoamericana afirmará, pues, con mayor fuerza su dependencia económica y tecnológica frente a los centros imperialistas. En el segundo caso, se establecen niveles o jerarquías entre los países de la región, según las ramas de producción que desarrollaron o están en condiciones de desarrollar, y se niega a los demás el acceso a dichos tipos de producción, convirtiéndolos en simples mercados consumidores. Las características propias del sistema hacen que este intento de racionalizar la división del trabajo propicie la formación de centros subimperialistas asociados a la metrópoli para explotar a los pueblos vecinos. Su mejor expresión es la política llevada a cabo por el régimen militar de Castelo Branco en Brasil, y que hoy trata de imitar el gobierno argentino.

La reorganización de los sistemas de producción latinoamericanos, en el marco de la integración imperialista y frente al recrudecimiento de las luchas de clase en la región, ha llevado a la implantación de regímenes militares, de corte esencialmente tecnocrático. Su tarea es doble: por un lado, promover los ajustes estructurales necesarios a la puesta en marcha del nuevo orden económico que la integración imperialista requiere; por otro lado, reprimir tanto las aspiraciones de progreso material como los movimientos de reformulación política producidos por la acción de las masas. Reproduciendo a escala mundial la cooperación antagónica llevada a cabo en el interior del país, dichos regímenes establecen una relación de estrecha dependencia con su centro hegemónico: Estados Unidos, al

mismo tiempo que chocan continuamente con éste, en su deseo de sacar mayores ventajas del proceso de reorganización en el que se encuentran empeñados.

Vista en su perspectiva histórica más amplia, una América Latina integrada al imperialismo no es más viable que la supervivencia del sistema imperialista mismo. La superexplotación del trabajo en que se funda el imperialismo, bajo cuyo signo se pretende integrar a los países de la región, establece una tal arritmia entre la evolución de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que no deja prever sino el derrocamiento del sistema en su conjunto, con todo lo que él representa en explotación, opresión y degradación. Por otra parte, la lucha mundial de los pueblos contra el imperialismo, a la cual se integró victoriosamente América Latina por medio de la Revolución cubana, no depende exclusivamente de lo que quieran y hagan los pueblos de este continente, sino que influye sobre éstos a través de sucesos tan importantes como la guerra de liberación del pueblo vietnamita, la revolución cultural china, la agudización de las luchas de clase en el interior mismo de Estados Unidos.

Sin embargo, parece evidente que mientras más avance el proceso de integración imperialista de los sistemas de producción en América Latina y más efectiva sea la represión que aquí se realice contra los movimientos revolucionarios, más condiciones tendrá el imperialismo para prolongar su existencia a contracorriente de la historia. Inversamente, la generalización de la revolución latinoamericana tiende a destruir los soportes principales que la apoyan y su victoria representará para él el golpe de muerte. Esta es la responsabilidad histórica de los pueblos latinoamericanos y frente a ella no hay otra actitud posible que la práctica revolucionaria.

### **El futuro de la revolución latinoamericana**

En lo que se refiere a la revolución latinoamericana, se debe hacer notar que, al igual que al ingresar en la etapa de integración imperialista, el capitalismo internacional indujo la formación de un campo de fuerzas antagónicas representado por los países socialistas; así también la integración imperialista de los sistemas de producción en América Latina está forjando su propia negación. Ella se ha manifestado ya en el triunfo del socialismo en Cuba y sigue desarrollándose a través de las luchas de clase que tienen lugar en toda la región y que tiene su expresión más visible en la actividad guerrillera llevada a cabo en Venezuela, Guatemala, Colombia y otros países. El avance incontenible de las masas explotadas se orienta inevitablemente hacia la sustitución del actual sistema de producción por otro que permita la plena expansión de las fuerzas productivas, y que redunde en una elevación efectiva de los niveles de trabajo y de consumo, es decir, el sistema socialista.

En lo fundamental, dos son las tendencias principales que animan hoy al movimiento revolucionario latinoamericano y cuya realización plantea un reto a cuantos se interesen por su victoria. La primera tiene que ver con el establecimiento de una relación más efectiva entre las clases explotadas y sus vanguardias políticas, de las cuales muchas se han lanzado ya a la empresa suprema de la lucha armada. La segunda se refiere a las relaciones que deben establecerse entre esas clases, en el marco más amplio del contexto internacional.

El proceso de industrialización en América Latina, por las características que asumió, ha tenido como principal efecto intensificar la explotación de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. Así, en la medida en que la industria dependió siempre del excedente producido en el sector externo de la economía y quiso siempre absorber partes crecientes del mismo, las clases beneficiadas por la exportación buscaron compensar la pérdida que eso representaba para ellas a través del aumento de la plusvalía absoluta arrancada a las masas campesinas. Esto fue más fácil ya que, por la extrema concentración de la propiedad de la tierra, los trabajadores del campo se vieron privados de las oportunidades mínimas de empleo y tuvieron que ofrecer en el mercado su fuerza de trabajo a un precio vil.

Un fenómeno similar se produjo en las ciudades. Desorganizando la antigua producción artesanal, principal fuente de empleos para las masas urbanas, y beneficiándose de las fuertes migraciones hacia la ciudad de trabajadores que la arcaica estructura agraria no absorbía, los capitalistas industriales se han encontrado con una oferta de mano de obra en constante expansión. El hecho de que, buscando incrementar su plusvalía relativa, hayan echado mano de una tecnología ahorrativa de mano de obra importada de los países centrales, acentuó aún más el crecimiento relativo de la oferta de trabajo, el cual chocó con la reducción sistemática de las oportunidades de empleo en la industria.

La consecuencia principal de esta situación fue que, desmintiendo a los que insisten en ver en la clase obrera latinoamericana un sector privilegiado de la población, la explotación de los trabajadores urbanos se mantuvo siempre en el límite de lo soportable. En la mejor de las hipótesis (correspondiente a la fase de la política bonapartista) no les fue posible sino defender su nivel de vida, sin lograr empero avances efectivos y contentarse con la extensión horizontal del empleo que permitía, mediante el trabajo de un mayor número de miembros, aumentar el ingreso global de las familias proletarias. El progreso tecnológico en la región se expresó, pues, en un incremento simultáneo de la plusvalía absoluta y relativa en las empresas beneficiadas por él, y fue la premisa de la acumulación de capital que permitió a la burguesía marchar hacia la creación de una industria pesada.

El rasgo más dramático de esta situación fue, sin embargo, el crecimiento espantoso de las poblaciones marginales urbanas, aglomeradas en las villas miseria, en las favelas, en las barriadas. Sin una posición definida en el sistema de producción, ya que vive de trabajos ocasionales, ese subproletariado —que llega a superar, en ciertas ciudades, la tercera parte de la población total— ni siquiera ha podido sumarse a la reivindicación básica del proletariado industrial (la extensión horizontal del empleo, o mejor dicho del derecho al trabajo) y se limitó en la mayor parte de los casos a reivindicaciones de consumo. Se ha convertido, así, en el medio de maniobras políticas demagógicas por excelencia y, por su imposibilidad objetiva de desarrollar una conciencia de clase, representó uno de los soportes fundamentales del populismo.

Las ilusiones populistas y nacionalistas, creadas por la burguesía, también encontraron eco en las clases medias. Enfrentándose ellas mismas a la dificultad para ubicarse dentro del sistema de producción, sus reivindicaciones tendieron, en el mejor de los casos, a coincidir con las reivindicaciones de trabajo del



proletariado industrial, mas, nada representaron en el sentido de fundar esa aspiración en el análisis científico de las condiciones que la motivaban, es decir, de la tendencia inevitable del sistema a expulsar de las actividades productivas a masas crecientes de la población. Más que esto: la clase media, participando objetivamente del proceso de marginalización que afectaba al subproletariado, coincidió muchas veces con éste en sus reivindicaciones de consumo y confundió inclusive el movimiento propio del subproletariado con la lucha de clase de los trabajadores industriales, con lo que se constituyó ella misma en otro soporte fundamental del populismo.

La diferenciación que el avance de la industrialización ocasionaba en el interior de la clase burguesa, trajo aún más perplejidades a las clases medias. La concentración de las unidades de producción, el desarrollo de la industria pesada, la elevación del nivel tecnológico de la industria, la asociación con el capital extranjero —que constituían aspectos de un solo proceso— fueron percibidos por ellas como realidades independientes, que se podían combatir o defender por separado. En la medida en que ello implicó la conformación de capas burguesas que se beneficiaban de manera desigual de dicho proceso, las clases medias tendieron a aliarse a las capas menos favorecidas y a desarrollar una acción política contradictoria, que no se salió nunca del marco de los conflictos interburgueses.

Así fue como nació el mito de una burguesía nacional opuesta a los intereses del imperialismo, o más precisamente, como se encontró la justificación para adoptar esa categoría, forjada en contextos históricos distintos. Asumiendo el punto de vista de la burguesía más atrasada, económica y tecnológicamente, que no podía siquiera plantearse la posibilidad de asociarse a los capitales extranjeros, y que se enfrentaba ella misma a la amenaza de la proletarización, las clases medias actuaron en el sentido de supeditarle —a ella, que representaba el sector más rezagado de la sociedad— el movimiento progresista de las masas explotadas de la ciudad y del campo. Al mismo tiempo, dichas clases se dejaban seducir por el "desarrollismo" de los grandes grupos económicos, en su marcha hacia una mayor tecnificación y hacia la implantación de una industria pesada, en asociación con el capital extranjero, sin darse cuenta de que así contradecían los intereses de su pretendida "burguesía nacional", para la que ese camino estaba cerrado.

Ahora bien, las vanguardias revolucionarias de América Latina traen, por lo general, el sello de las clases medias. La incompreensión, pues, que éstas revelaron frente al proceso económico de sus países y a la lucha de clases que con base a ese proceso de desarrolló, ha dificultado considerablemente la vinculación efectiva de esas vanguardias con las fuerzas reales de la revolución, principalmente con lo que constituye su columna vertebral: el proletariado industrial. Su posición ambivalente en relación con los conflictos interburgueses no le ha permitido, con raras excepciones, aliarse al proletariado y definir con él una política obrera, de lucha por el socialismo, que eche a andar un frente de los trabajadores de la ciudad y del campo contra el sistema de explotación al que están sometidos.

Sin embargo, sólo esto puede dar pleno sentido a la lucha antiimperialista y llevarla a sus últimas consecuencias. Al definir en el marco nacional una política

obrero, las fuerzas revolucionarias estarán poniendo en marcha un proceso que conduce necesariamente a la internacionalización de la revolución y al enfrentamiento directo con el centro hegemónico imperialista. Sus opresores nacionales y extranjeros se previenen ya contra esa eventualidad, tratando de establecer mecanismos de contención tales como los regímenes militares supeditados a la estrategia del Pentágono, la Fuerza Interamericana de Policía, los acuerdos para repetir cuando fuere necesario la experiencia dominicana.

La acción internacionalista de Guevara, la política revolucionaria de Cuba, anticipan la respuesta que darán los pueblos del continente a sus opresores. Más aún, hacen que se perfile en el horizonte lo que parece ser la contribución más original de Latinoamérica a la lucha del proletariado mundial: su carácter internacional. Todo indica que será aquí donde el internacionalismo proletario alcanzará una nueva etapa de su desarrollo y sentará las bases de una sociedad mundial de naciones libres de la explotación del hombre por el hombre.

---

## Notas

[1] Los principales rasgos de estas modalidades o tipos fueron definidos por Celso Furtado y Aníbal Pinto, en diferentes trabajos, y sistematizados por Cardoso y Faletto en *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1973

[2] El choque de intereses entre Estados Unidos e Inglaterra es ya manifiesto en la implantación de la República en Brasil (1889) y en la guerra civil chilena (1891), para dar algunos ejemplos. Permite también que un país como Uruguay pueda realizar, después de la ascensión de Batlle al poder, su integración dinámica al mercado mundial en condiciones similares a la de los países ya citados.

[3] Esto se debe tanto a las disponibilidades crecientes de capital exportable en las economías centrales, como al carácter más sofisticado y más costoso de la tecnología empleada, que exige fuertes inversiones de capital. De allí se deriva una integración de parte del sistema de producción de esos países a la economía central, pero dicha integración se da en función del mercado mundial y no del mercado interno, como sucederá posteriormente.

[4] La relación entre la inversión extranjera y el carácter más sofisticado de la tecnología que ella emplea, conduce a que la empresa absorba poca mano de obra, produciendo, pues, un monto relativamente bajo de salarios. Dichos salarios se orientan por lo general hacia el consumo de bienes importados y no repercuten de manera efectiva en el mercado interno.

[5] Ejemplos de ello son el batllismo en Uruguay, el radicalismo argentino de principios de siglo, el civilismo brasileño.

[6] Ver Ernest Mandel, *Traité d'économie marxiste*, París, 1962. Hay edición española, Era, México, 1969.

Fuente : <http://www.marini-escritos.unam.mx/>

---



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

© CEME web productions 2003 -2007 